

Formar bloque: hinchas ultras y hooligans de los estadios de futbol

Patrick Mignon

Traducción : primera parte

Se trata de interrogarse aquí sobre el lugar de la violencia en la actividad de los hinchas extremos del fútbol, los llamados ultras o hooligans. Importa dada la importancia que toman las cuestiones de seguridad en la organización de manifestaciones como la Copa del Mundo. También se ve el interés que presenta el «problema» ya que se inscribe en la cuestión general de la violencia hoy, sus interpretaciones y la manera de salir.

De pique, se puede percibir entre líneas, la manera en que Mignon y una cierta sociología, tratan de «los problemas». A mi entender, no hay una «cuestión general de la violencia hoy». Por otra parte, Mignon anticipa sobre la manera en que se enfoca concretamente el debate en Francia. Se ubica de antemano en el campo de los «antisecuritarios». Para una parte de la sociología francesa, lo importante es manifestar una posición de «izquierda», entendida ésta como antirrepresiva, como «comprensiva», como opuesta a toda encuesta que pueda parecer «policial». El problema es que si queremos saber qué pasa en las canchas y cómo funcionan los violentos, hay que averiguar. Un punto importante ya, es ver que Mignon mete en el mismo paquete a los «ultras» y a los «hooligans», y poco a poco, mete en el mismo grupo a todos los hinchas «activos». Esto es fuente de gran confusión, ya que para él, se tratará de identificar el punto COMUN a todos estos sectores, el común denominador mínimo, es decir, la violencia vulgar, común y corriente del tipo «caliente». Es lo que Mignon entiende por «general».

La cuestión de la violencia

Una ruptura se instaló entre los hinchas y los otros integrantes del público en los años 60 en Gran Bretaña: ya no se quiere ser sólo un espectador que se conforma con apoyar al equipo. Ahora se quiere entrar en el partido, en la vida del club y del fútbol en general. Para entender el surgimiento de esta nueva hinchada, hay que partir de los ends británicos de los años 60. Allí, en las tribunas situadas detrás de los arcos, se juntan los hinchas más jóvenes, los más pobres y los más entusiastas, los que introducen un nuevo repertorio de cantos y que instauran la distinción entre home end (hinchas locales) y away end (visitantes), es

decir la determinación de territorios exclusivos en el estadio. Estas prácticas se importan a Italia primero a fines de los 60, y luego al resto de Europa, naciendo dos modelos de hinchadas : británico y italiano.

Aquí Mignon instala una jerarquía entre el público -que deriva de las posiciones de Norbert Elias y de sus discípulos (Dunning y Bromberger). Por un lado, los hinchas, y por el otro, los otros integrantes del público. Los hinchas quieren PARTICIPAR, los otros se limitan a MIRAR. Presentadas así las cosas, los «hinchas activos» aparecen como más «avanzados» que los otros pasivos como espectadores frente a su televisor. Pero esta división es totalmente falsa. Está claro que muchos espectadores «pasivos» son hinchas de gran calidad, verdaderos amateurs, expertos, apasionados. Está claro que muchos hinchas activos entienden muy poco de fútbol.

La posición de Mignon encierra aquí tres errores mayores: 1) considerar que «participar» es moverse y agitarse. Un pibe que mira un partido está participando ya que está viendo cómo va a jugar él después en el patio o en la calle. 2) considera así la participación como algo solamente físico, lo que es despectivo para el fútbol que es, a mi entender, una actividad cultural e intelectual. 3) considera al fútbol como si se tratase solo de espectáculo. El fútbol son antes que nada TODOS LOS QUE JUEGAN. En este sentido, una gran parte de los espectadores «pasivos» son o fueron, en realidad, jugadores en clubes, en la calle, en la escuela, comentaristas, analistas, observadores, etc. Esa es la verdadera PARTICIPACION. La que cuenta más. Enriquecer el juego a todos los niveles.

En el primer modelo, los hinchas llevan distintivos del club (gorras y bufandas). Empujan a su equipo gritando «Attack, attack» o entonando el canto emblemático del club. El modelo italiano es más organizado y espectacular: cada club cuenta con varias centenas de asociaciones de hinchas, con redes nacionales e internacionales, que organizan un verdadero espectáculo en el estadio con cantos, cohetes y banderas con los colores del club. Este modelo se llama «ultra» cuando está en manos de los mas jóvenes y radicales de la hinchada, es el modelo que domina en Francia del sur y en París, en Italia y España, mientras que Europa del Norte es fiel al modelo británico.

Estos hinchas están metidos en una guerra. Los ultras utilizan denominaciones y emblemas sacados del idioma de la movilización política o militar, de las guerrillas revolucionarias a los símbolos fascistas. Como todo grupo en guerra, las hinchadas dividen el mundo en enemigos y amigos: las alianzas se basan en el principio según el cual «los enemigos de

mis enemigos son mis amigos y los amigos de mis enemigos son mis enemigos». En un mundo esencialmente masculino y en un mundo en el cual el enfrentamiento entre dos campos es la condición misma del placer que se toma en el juego, todos los modos de desconsideración del otro son movilizados, inspirándose en un registro donde el mundo está dividido en sexos o en pertenencias étnicas o locales y organizado jerárquicamente.

Aquí Mignon entra en la onda típica de una cierta sociología: meterse en la cabeza de los otros. Mignon no describe aquí la realidad, sino lo que los hooligans le dicen. Es una metodología cerrada, que no permite entender nada. Lo que los violentos dicen sobre ellos mismos nos permite «comprenderlos» pero no «comprender». Entender la tribuna violenta no es psicoanalizarla. Entender la tribuna violenta es saber qué pasa EN LOS HECHOS y no qué pasa en la cabeza de los actores. Las tres cuartas partes de los textos de Mignon buscan saber qué dicen los violentos sobre ellos mismos.

Esto sería grave si, primera relativización de la violencia del estadio, al mismo tiempo, las burlas y las desconsideraciones no se dirigiesen también contra sí mismo y contra su propio equipo en caso de derrota y si la guerra se prolongase más allá del partido. Hay que insistir en el carácter ritual de estos enfrentamientos, en el hecho de que se trata más de una puesta en escena que de enfrentamientos reales ya que la vergüenza del adversario basta, y no se busca su destrucción.

Y después de abrir la puerta de la «comprensión» se trata siempre de relativizar, de reducir los hechos, de reducirlos a ritual. Está claro que la violencia en el fútbol mata menos que la violencia en las carreteras o en las familias. Pero justamente, el problema NO ES LA VIOLENCIA en general traducida en cantidad de víctimas, sino el tejido de actividades reales, de relaciones y de proyectos de individuos y grupos, que encierran potencialmente violencia y que acaban generando víctimas ocasionales. Los enfrentamientos, contrariamente a lo que dice Mignon, se prolongan fuera del partido y de la cancha en muchos casos. Pero lo que pasa sobre todo, y es lo que Mignon oculta, es que los enfrentamientos en la cancha y fuera de la cancha, son generalmente LA CONSECUENCIA de conflictos y de proyectos que se desarrollan FUERA de la tribuna.

Sin embargo, esta lógica de hinchada puede conducir a desórdenes y a enfrentamientos. Desde fines de los 50, la prensa británica anota deterioraciones de trenes, invasiones de canchas y peleas entre hinchas rivales. En 1958 un hincha argentino es matado por la policía durante enfrentamientos en la tribuna. En 1974, en Bolton, Inglaterra, un hincha es matado de una cuchillada, primero de una larga serie. A fines de los 60, el fenómeno

británico se instala en el continente. En los 70 y 80 se desarrollan por todas partes «escenas» hooligans que mezclan enfrentamientos entre grupos rivales con manifestaciones racistas en las tribunas y alrededor de los estadios. El punto mediático culminante de este desarrollo es el Heysel en 1985. Con la caída del muro de Berlín, el fenómeno toca los países del Este, con formas particularmente sangrientas en Yugoslavia, donde grupos de hinchas de clubes de Belgrado constituyen embriones de milicias de epuración étnica.

Qué amplitud tiene este fenómeno?

El problema es que el término hooliganismo cubre tanto los enfrentamientos que buscan los hinchas entre ellos o con la policía, las acciones que llevan los grupos políticos de extrema derecha contra diferentes categorías de extranjeros, las peleas debido a susceptibilidades individuales y un sentido exacerbado del honor, y también actos de vandalismo, transgresiones de la regla (invasión del campo de juego), o comportamientos de riesgo para los demás (uso de cohetes) o comportamientos abusivos como insultos racistas o sexistas o borracheras. El incidente más grave ocurrido en Francia, dos policías seriamente heridos en un partido Caen-PSG, en 1994, es el resultado de una guerrilla larga entre policías y miembros del kop de Boulogne, pero también de un encadenamiento de circunstancias: gestos de desafío (un zapato tirado a la cancha) que provocan una intervención desproporcionada de la policía, empujones y una retirada brutal y precipitada de la policía que lanza gases lacrimógenos sobre los hinchas y golpean a una hincha, desencadenando una reacción de honor de su amiguito y de los amigos, etc. El hooliganismo es lo mismo que la violencia urbana: se mezcla todo lo que aparece como una ruptura de las convenciones en uso en los sitios públicos y en las relaciones entre individuos, ya se trate de ruptura voluntaria o del resultado de interacciones locales y circunstanciales.

Aquí se ve bien esa posición supuestamente de izquierda que va a acusar siempre a la policía de todo lo que sucede. Pero lo más importante es que Mignon identifica ahora al hooliganismo con la violencia urbana en general. Con qué fin? Con el fin de decir: hay una crisis social, hay pobreza, hay exclusión: en consecuencia, los jóvenes se rebelan. En consecuencia, merecen nuestra simpatía. En consecuencia, no hay que reprimir, sino cambiar la sociedad. El problema con un razonamiento así es que toda violencia aparece finalmente como inevitable y en cierto modo simpática. Con un ángulo tal de análisis, imposible entender el hooliganismo duro, las tribunas facho-mafiosas en Italia o en Bélgica, mucho menos lo que pasa en nuestros países.

Además, para facilitar comparaciones, conviene limitar nuestro análisis a los países europeos y de tradición democrática en donde el uso de la violencia, la del Estado o la de los individuos y grupos, se inscribe en un largo proceso de pacificación de las costumbres, y donde, en consecuencia, la violencia hooligan plantea cuestionamientos reales sobre la manera de regular las sociedades.

Mignon se da cuenta entonces que su complacencia con la violencia hooligan se vuelve problemática cuando se entra a analizar lo que pasa fuera de Francia... y de Europa (???)... Entonces introduce una separación inaceptable (insoportable) del mundo en dos partes (típica de Elias): el mundo civilizado (o en proceso de civilización-pacificación), y el mundo no civilizado, brutal, el nuestro. Recuerdo que Mignon trata al fútbol uruguayo de «brutal, indio»... Esta separación es inaceptable por múltiples razones. Que se sepa el nazismo, el fascismo, el colaboracionismo, las guerras mundiales, el estalinismo, el totalitarismo, el franquismo, la guerra en Afganistán o en Yugoslavia, el colonialismo, etc. no lo inventaron ni los chilenos, ni los argentinos, ni los uruguayos. Si dejamos de lado el hecho de que en Argentina hubo sucesivos regímenes militares hasta el 85, no fue el caso de Chile ni de Uruguay. Por otra parte, la violencia en nuestros estadios empieza realmente fuerte DURANTE LA ERA DEMOCRATICA.

En efecto, si tomamos el caso argentino, se ve que las violencias en torno al fútbol han provocado sin duda la muerte de 116 personas entre 1958 y 1992. Pero dos tercios de las víctimas de dicha hecatombe resultan de enfrentamientos con la policía en el marco de la dictadura, en momentos en que la policía actúa con pocos límites y la acción de los hinchas es altamente politizada e interpretada como tal. También hay que decir que se atribuye al hooliganismo las víctimas de incendio (Bradford), de desplome de tribunas (Glasgow, Bolton, Furiani), de ahogo por empujones (Hillsborough): estos acontecimientos vienen de otra violencia, la de las instituciones que dirigen el fútbol y pesa sobre los espectadores por no ofrecer buenas condiciones de seguridad. Esta es la moral que se puede sacar del informe del Lord Justice Taylor después de la catástrofe de Hillsborough en 1989. En consecuencia, el problema de la violencia en el fútbol es un fenómeno clásico de pánico moral. (Nota: es decir, uno de esos movimientos en que los males de la sociedad se atribuyen a un grupo, aquí los hooligans, grupo creado para denunciar.)

En consecuencia, Mignon va a proseguir su lógica: la violencia en las canchas argentinas es culpa de la dictadura. Es más, Mignon da a entender algo absurdo: los hooligans argentinos serían el ala politizada y avanzada del país... La conclusión (nueva conclusión) es que

la violencia en el fútbol es un hecho de pánico moral, es decir una especie de reacción espontánea de la gente cuando se encuentra encerrada en una especie de trampa para ratas.

Sin embargo es un hecho que hay muertos y heridos en los choques entre hinchas. En Gran Bretaña se habla de 94 muertos por violencias en el fútbol entre 1974 y 1991, sin hablar de los heridos con secuelas más o menos graves. Pero ésta es una situación excepcional, sin equivalente en Europa. Lo que se da en general es otra cosa, son fenómenos de movilización, de estrategias de presión sobre otros participantes con el fin de crear una relación de fuerzas de la cual la violencia no queda excluída. Pero lo que importa no es tanto la violencia sino el compromiso con una causa, la causa de la hinchada, que lleva el sello de una seriedad extrema.

Está claro que Mignon no se puede zafar fácilmente: hay cifras, hechos, hay miedo. En los estadios pasan cosas que no pasan ni en los teatros ni en los cines. Entonces de pronto cambia de ruta: ya no es la violencia lo que le interesa sino «la causa». Y después de habernos explicado que Europa es un continente en proceso de pacificación secular (????????), nos va a decir lo contrario: que la tendencia debe de haberse invertido: se deshacen los modos de regulación... No es coherente todo esto.

El surgimiento del hooliganismo en los años 50 se inscribe en la fase de inversión de la tendencia multiseular a la pacificación de las costumbres y a la desaparición de la violencia física: el primer hooliganismo es contemporáneo de los teddy boys ingleses y de sus homólogos europeos. Esta violencia, o esta atmósfera de violencia, puede analizarse, como las demás violencias urbanas, como un aspecto de un movimiento general que afecta a las sociedades occidentales, en distintos momentos y con modalidades diferentes, en donde se deshacen los modos de regulación y de definición de lo colectivo: crisis del Estado-Providencia y desaparición de los movimientos de emancipación colectiva, agotamiento de los movimientos sociales y fin de la representación de las clases sociales en la sociedad, aumento del individualismo ligado al desarrollo de la cultura de masa y de su importancia en la formación de los individuos, liberalización y consecuente agrupamiento generacional de la gente, cambios en la construcción de las identidades individuales y colectivas. La utilización de la violencia contra otros grupos étnicos, la búsqueda del riesgo, la reacción violenta ante toda amenaza al territorio del individuo pueden ser interpretados como signos de un movimiento de incivilización, el fracaso de diferentes mediaciones que relacionan a

la gente y a los grupos, y un cambio en las formas de interiorización de las reglas sociales. Pero se puede analizar también esta violencia como la dimensión de una acción.

Entramos entonces en LA REALIDAD de la posición de Mignon: la apología de los grupos «extremos» y la justificación de sus modos de acción como afirmación «de identidad».

Christian Bromberger y Alain Ehrenberg mostraron que el placer del fútbol viene de la movilización de valores que constituyen las sociedades modernas, y, más ampliamente, la experiencia humana, y que expresa las tensiones ligadas a dichos valores: organización, división del trabajo, disciplina colectiva, iniciativa individual, riesgos, cambios de estatutos, interdependencia del destino individual y colectivo, suerte, mérito, trampa, herencia, todo lo que se ve en el destino de un jugador y de un equipo.

Estas reglas se inscriben en una red de pertenencias tradicionales que vienen del siglo 19, pertenencia a una clase o a una nación. El fútbol plantea así permanentemente la pregunta siguiente: qué define las cualidades de los grupos que componen la sociedad nacional, Europa y el mundo?

Como lo dice Mignon, él sigue la línea de Bromberger. Para Bromberger, los violentos (los «activos») son el ala avanzada de los hinchas, los que, a través de sus acciones (del canto a la acción violenta) se dieron cuenta que el fútbol es política, el estadio una especie de parlamento, y los grupos de hinchas grupos de lucha.

La capacidad de movilización del fútbol es debida a que presenta el conflicto como forma normal de la vida social: se opone a todas las formas de neutralización de relaciones entre grupos y a la creencia de una pacificación definitiva de las sociedades. El fútbol ofrece así un terreno favorable a la expresión de identidades inquietas o heridas. Es un punto, una referencia que permite, a través de sus temas y variaciones, la organización y la estilización del mundo social y de pensar así en el lugar que uno ocupa. Por su modernización, su mediatización, el fútbol constituye un campo propicio que uno puede tomar para volverse visible y actor participando de su evolución: ser ultra o hooligan es apropiarse de ese nuevo campo de visibilidad y de acción. Como la música rock, rap, techno u otras formas de subculturas, es una de las múltiples formas de acción a través de las cuales los grupos de adolescentes y post-adolescentes teatralizan su relación con la sociedad y organizan una experiencia colectiva.

Encontramos entonces todas las derivas de la posición de Mignon y de una cierta sociología inspirada en Elías. Para Elías, el fútbol es un tratamiento que transforma la violencia en civilización. En consecuencia, la violencia es bienvenida. Pero Mignon va más lejos: para

él, el estadio es el lugar abierto donde grupos hooligans y ultras desarrollan alternativas culturales «como el rock o el rap». La violencia es sólo una forma, en el peor de los casos, un exceso. Pero sólo teatro, experiencia colectiva. En el fondo, algo positivo. Lo que aparece aquí es que Mignon no se basa en hechos, no hay una encuesta profunda sobre las cosas que pasan realmente, sólo «interpretaciones» generales, filosóficas, valoraciones desde afuera. Estas apreciaciones no corresponden a la posición que SIEMPRE han tenido los AMANTES del fútbol desde principios del siglo XX, que ha sido contraria a la utilización de la brutalidad (y del crimen claro) tanto dentro como fuera del campo de juego, que se trate de violencia contra jugadores, árbitros o espectadores.

La pregunta que uno se puede hacer al cabo de esta primera parte es porqué tales posiciones? Primero, porque una cierta sociología trata de elaborar GRANDES TEORIAS GENERALES Y UNIVERSALES sobre el HOMBRE, y termina diciendo banalidades inútiles. Lo que explica al hombre no son las teorías sino la historia. Y Mignon especula y evita la metodolgia histórica (los hechos, quiénes son, qué hacen, qué relaciones tienen con quién, qué buscan, etc). Segundo, porque estos sociólogos no aman al fútbol y no lo defienden. Tercero, porque tienen una sola posición: oponerse al Estado... pese a que son funcionarios y tienen un muy buen sueldo de por vida para escribir estas cosas. Cuarto, en el fondo, la clave de dichas posiciones, es dar a entender que en Europa nunca hubo mucha violencia, salvo justificada. Lo que constituye una manera de minimizar todo lo que pasó en el siglo XX.